

Época, Año 4, N° 1257, Montevideo, viernes 4 de febrero de 1966, pp. 2-3.

Solari y el Tecerismo (VIII)

SEGUNDA RESPUESTA A UN SEGUNDO

Por Carlos Real de Azúa

I

Como cualquier lector de MARCHA del 14 y 28 de enero de 1966 puede comprobarlo, no es tarea agradable –y menos en verano– polemizar con el Dr. Ardao. Su tono es tan despectivo y a la vez tan belicoso, tan inmovible su geométrico dibujo mental, que el sufrido destinatario de ellos no puede menos que preguntarse por qué pierde tiempo y consume espacio en dedicarlo a su ínfima persona. Con todo, quiere la ley no escrita de estos debates escritos que no se deserte de ellos mientras la materia discutida –y en este caso “*todavía*” no lo está– no se adelgace hasta el ridículo. Así, a no hacerlo, me pongo.

“*Segunda respuesta a un tercero*” tiene una pequeña trampa estructural y ella es la de que su centro se encuentre en los renglones finales. Para ir de lo importante a lo secundario me ajustaré a la treta y responderé a la pregunta que el epílogo deja en suspenso antes que a cualquier otra cosa.

El Dr. Ardao sostiene que “*tengo motivos para saber contestar*” (¡Algo me concede, al fin!) si el tercerismo que yo llamé –con término que él prohíja– del “*ahí te pudras*” fue sostenido por “*todos los que apoyaron la causa del Eje nazi-fascista e hicieron militancia antijudía*”.

Antes de contestarle –y lo voy a hacer cumplidamente– es inexcusable una breve observación. Como el más desapercibido seguidor del debate podrá notar la pregunta “*no tiene nada que ver*” con las cuestiones que se están disputando. Y como además el Dr. Ardao la dice, suscitada por una presunta “*confesión*” más, el más ignorante de la trayectoria ideológica de su contendiente es capaz de barruntar que la pregunta se las trae. Se las trae, llega hasta mi y no la esquivo. Pero tampoco dejo de señalar que se trata del clásico argumento “*ad hominem*”. Para el lego en latinajos, aclaro que es el argumento con el que –generalmente a falta de otros– un controversista busca disminuir, desmerecer, empañar la autoridad de su adversario. Dicho esto, es obvio subrayar que en el “*ranking*” de los recursos polémicos no ocupa la cabeza de la tabla en puntos de elegancia y de objetividad; definido así, no parece excesivo llamarle un recurso feo, para no usar palabras peores. Apenas aceptado cuando se hace valer en discusiones sobre la

autoridad de quien afirma algo en materias de naturaleza normativa, es justamente mal mirado cuando lo que se disputa tiene otro cariz. Como ya dije no traduce nunca exuberancia de razones ni buen talante, además de implicar que la oración de quien lo usa pueda ser vuelta inexorablemente a la pasiva. En este caso, en que él me interroga sobre actitudes de hace un cuarto de siglo, yo podría contrainterrogarlo sobre sus actitudes de estos días ante capitales dilemas de la militancia americana. Pero no lo haré. No uso estos recursos con alguien a quien profesé auténtica amistad y además no los necesito. Tampoco, agregó, me fueron enseñados en nuestra querida Facultad de Derecho.

Antes de pasar todavía a la respuesta, tengo que observar dos cosas. No es de buena fe citar entre comillas la expresión “*el judío Roosevelt*” como si fuera expresión mía; fui yo quien le puse las comillas para subrayar los mitos, o los fantasmas de una posición determinada. También el Dr. Ardao vuelve a amonestarme por citar a Roosevelt en 1947 (había muerto en 1945). Es claro que él se olvida que yo no acepto la partida de nacimiento del tercerismo en 1947, de ese tercerismo nacido del cerebro de algunos profesores y políticos, como Minerva de la cabeza de Zeus. Obvio es también que, muerto o vivo, Roosevelt seguía siendo uno de los “*tres grandes*” en mucho mayor grado que el pequeño bombardero de Hiroshima.

Despejados estos puntillos, vuelvo a la pregunta inicial (final) del Dr. Ardao y le respondo que desde mayo de 1942 mi conocimiento de los procesos ideológicos de los grupos que apoyaron al Eje nazi-fascista (se olvida de Japón) y la militancia antisemita fue tan externo o tan de oídas como pudo serlo el suyo. En mayo de 1942, a mi regreso de España, donde fui invitado por el Consejo de la Hispanidad (hoy desaparecido) a unas reuniones que a la postre no se realizaron, en 1942 y mayo, repito, comencé a condensar en unas notas (que más tarde se ampliaron hasta un libro) una experiencia que fue fundamental en mi vida. Ese libro, **España de cerca y de lejos**, apareció al año siguiente, y si bien su intención y tono no era un secreto para la gente más allegada a mi persona, me concitó la ira, o la enemistad, o la “*muerte civil*” de casi todos los que hasta entonces me habían sentido solidario. La obra, que en algún momento pudo transformarse en bien remunerados artículos de la revista EN GUARDIA, resultó al fin un testimonio, que quise lo más impersonal y objetivo posible, de mi experiencia y fue distribuida en forma prácticamente privada. Algunas personas muy cercanas al Dr. Ardao la conocen; no sé si ése es el caso suyo; por la pregunta que hace supongo que no. Porque si conociera ese libro no le costaría trabajo explicarse mi incomunicación con los círculos pro-Eje o hispanistas (de especializada militancia antisemita no conocí en el Uruguay) con los que me supone consustanciado. Y por ende de mi relativa ignorancia de las reacciones íntimas que experimentaron tras la derrota de causa quienes en 1942 –con la Wehrmacht en Egipto y en su

máxima expansión en la Unión Soviética– conservaban su convicción en el triunfo del Eje mientras esta convicción pareció fundada.

De mi texto de 1942-43 puedo opinar que él refleja, entre otras ingenuidades, la fe tan común en el Occidente de esos años en un “*free world*” al que aportarían su contribución todas las fuerzas y las ideologías en lucha contra el Eje. No se afilia al tercerismo del “*ahí te pudras*” (que no existía aún) ni a la línea soviética ni a la norteamericana: en uno de sus capítulos (“*América de hielo a hielo*”) creo haber realizado uno de los balances más minuciosos –y tupidos– de lo positivo y lo negativo de los Estados Unidos. Puedo agregar todavía, a riesgo de caer en presunción, que ese **España de cerca y de lejos** es uno de los primeros estudios latinoamericanos sistemáticos de la sociedad totalitaria y uno de los primeros también –junto con el del paraguayo Arturo Bray– sobre el recién instaurado régimen franquista.

Diré ahora que todo lo anterior de mi vida es cosa mía y no tengo por qué absolver posiciones ante el Dr. Ardao. Me importa dónde estoy y no dónde estuve, sobre todo si sé que en dondequiera haya estado siempre lo hice con perfecta honradez subjetiva, sin sombra de ventaja o de granjería, con máximo de incomodidades y animadversiones y ausencia absoluta de mal objetivo como consecuencia. No cambio mi pasado por el [del] Dr. Ardao ni menos mi presente, infinitamente más militante y definido que el suyo. Sobre las razones de los que en Latinoamérica adhirieron entre 1935 y la segunda guerra mundial a lo que suele llamarse “*la extrema derecha*”, hice algunas consideraciones en un largo artículo publicado con motivo de los veinte años de MARCHA: “*Política internacional e ideologías en el Uruguay*”. No sé que el Dr. Ardao las haya objetado en esa ocasión ni planteara por ellas su protesta ante la Dirección del semanario. Mucho más podría decir y habrá que decir algún día, antes de que algún “*estudioso*” de Estados Unidos lo tome por tema de su tesis. Mucho más, siempre que no sea el Dr. Ardao quien lo pregunte. Ahora sólo observaré, para concluir este punto, que en muchos destinos americanos tanto más importantes que el mío se da la básica ambigüedad con que en nuestro continente, como en todas las áreas semicoloniales, se refractan o refractaron (y entre ellas el fascismo) las ideologías europeas. De la adhesión al Eje y a un nacionalismo de tipo extremista provenían –o por ellos pasaron– quienes asumieron, tras 1945, papeles de primera línea en la década de lucha por una Argentina popular. Del integralismo fascista salió Santiago Dantas, el formidable orientador de la política externa independiente de Brasil –mientras Brasil fue una nación independiente. No hace muchos números, la revista PRIMERA PLANA (en una copiosa nota sobre los medios de Río) observaba el mismo origen entre los cabecillas de la resistencia intelectual contra la dictadura de Castelo Branco. De la aliadofilia y el “*ayudismo*” salió en cambio Carlos Lacerda, al que, supongo, no habrá necesidad de adjetivar.

No me siento incómodo al lado de esos “equivocados”. Tampoco me pesa que, entonces o ahora, el curso de mis días no se haya tocado con el de algunos pontífices. Pontífices de un tercerismo aséptico, memorioso y casi risiblemente autocomplacido.

II

Precisado lo anterior, no es imposible abreviar los trámites de un antedicho penoso y que, tanto a mi replicante como a mí, nos ha distraído de la consideración de la obra. Con todo, algunos puntos ha enredado el Dr. Ardao que no es factible replicarle con meros aforismos.

La cuestión de la naturaleza del libro, para empezar, ya ronda el absurdo y para restablecer la verdad hay que rehacer todo el camino de la discusión. Ahora dice A. que no es el carácter de ensayo, sino “*todo lo contrario, el de pretendido estudio objetivo basado en fuentes, etc.*” el que él ha controvertido. Pero en su primera nota sostiene: “El libro se presenta como ‘Ensayo’. En los últimos tiempos, en nuestro país se tiende por algunos (alusión a C. R. de A.) a considerar este noble genero como sinónimo de divagación sin pruebas, etc.”. Como a continuación el Dr. A. enrostraba a Solari el incumplimiento de sus normas de objetividad, sumisión a los hechos, etc., resulta architransparente que su crítico no descartaba la calidad ensayística del libro aunque sí preceptuaba que el tal ensayo se ajustara a pautas que el ensayo no soporta. La mera exigencia de “*pruebas*”, que al ensayo le impone, ya daría para una larga y sabrosa divagación. Esto me hacía decir que era difícil saber qué noción de ensayo el crítico manejaba, forma elegante de insinuar que el crítico se equivocaba de medio a medio en lo que al ensayo cabe reclamarle. Esta es la verdad de la cosa, pero debo agregar que me desinteresé expresamente de la ceñuda inquisición a que el Dr. Ardao sometió el libro de Solari, demostrando, lo que no discuto, que el subtítulo “*ensayo*” (que el Dr. Ardao califica de “*mención editorial*”) lo cubría suficientemente. En suma, me interesaba y me interesa el “*resultado*” y no las “*intenciones*” y el Dr. A. no tiene porqué ponerse iracundo porque esto no coincida con su criterio. Ciertamente es que posteriormente volví sobre la evidente contradicción de Solari, pero en este caso no para ponerle mala nota sino para subrayar con ella un rasgo, un dramático conflicto de todo el pensamiento social e histórico de nuestro tiempo. No cometeré la fatuidad de citarme sin que esto sea imprescindible y el que haya seguido la polémica tal vez la recuerde. Porque no es sólo Solari quien representa este dilema; al otro lado del charco los exitosos libros de Imaz y de Sebreli llevan su marca y aún podría decirse lo mismo de la obra capital de Wright Mills. El choque de “*ensayística*” y “*ciencia*” ofrece a la reflexión materia extraordinariamente fértil y tal vez más importante que otros a los que el replicante ha dedicado muchas de sus fructíferas veladas. Con todo, el Dr. Ardao no lo menciona. Es un conflicto vivo, claro está.

Pero esto no zanja la cuestión y todavía hay que observar dos cosas en esta retórica cuestión del encasillamiento de la obra que tanto apasiona al Dr. Ardao. De todos los textos que él colaciona no puede extraerse una palabra de Solari sobre “*método*”. El Dr. A. es director de un Instituto de Filosofía y es verosímil suponer que conoce la materia puesto que la enseña al nivel de la enseñanza media. Y por ello tiene que saber que voluntad de ser objetivo y sujeción a los hechos no plenifican ni mucho menos un “*método*”. Son meramente un preliminar inexcusable de toda actitud científica y aún de toda actitud realista. Las necesita un buen notero; suponen a menudo tenerla los más imaginativos ensayistas, si bien tanto en estos casos como en los de la ciencia cabal la cuestión importante es lo que vaya del dicho al hecho. En una palabra: que la voluntad de ver claro un [...] ⁽¹⁾ traslada a la ciencia un saber informal, ametódico, por agudo que él pueda ser. Por todo lo cual resulta que de los tres elementos: “*voluntad de análisis objetivo, documentado y sometido a método*”, que él suponiéndolos prometidos por Solari recapitula, hay un tercero, el “*método*”, que ha salido de su imaginación.

III

A este propósito me llama el Dr. Ardao “*eficaz defensor*” (¡Otro elogio en el “*tiempo del desprecio*”!) de Solari y su libro. Esto ya pasa de castaño oscuro porque la sentencia tiene alcance general, y merece pasar a su ya nutrida antología de recursos polémicos. El que haya leído la tercera, sexta y séptima nota de este largo folletín sabrá a qué atenerse y podrá sentenciar a su vez. Y si el Dr. Ardao no las conoce le informaré a vía de anticipo que hago a Solari y a su libro –libro de “*opiniones*” al fin y no mero cartelario de transcripciones– críticas infinitamente más sustanciales de lo que representan las menudencias en las que tan morosamente se ha detenido.

Con lo que sigue (punto quinto de su respuesta) la tarea de condensación se hace más fácil que hasta ahora.

El Dr. Ardao sostuvo y sigue sosteniendo que el tercerismo 1) es una “*posición*”; 2) que comenzó a adoptarse cuando el mundo, en 1947, tendió a dualizarse entre EEUU y la URSS. Yo, sin negar estos dos puntos, sostuve y sigo sosteniendo: 1) que si el tercerismo fue y tal vez es aún una “*posición*”, esa posición se tomó en nombre de algunas convicciones o ideas de gran calibre, convicciones o ideas que, por incipientes que fuesen, representaban el “*esbozo*” o el “*torso*” de una “*ideología*”. Posición difícil y poco remunerativa, parece lógico suponer que se adoptó o adopta por alguna razón no fútil y si esa razón era compartida por las más diversas posturas políticas (de extrema izquierda a extrema derecha, dice Ardao), rastrear cuál era y qué desarrollo posterior sufrió, qué aditamentos o qué amputaciones, se hace tarea de la más trascendental importancia. La ubicuidad de tales razones o tales convicciones en nada las descalifica, salvo para aquellos que sólo saben leer

los trazos más gruesos y sólo están tranquilos cuando todo se halla debidamente caratulado.

Vuelvo a insistir que distinguía, en una comparación con nacionalismo, liberalismo, etc., la calidad de “esbozo” de esas convicciones, frente a ideologías plenamente formuladas. Como el Dr. Ardao en la larga transcripción que hizo de mi texto (esto tal vez es un “*tic*” de su labor de historiador de las ideas) omitió esos pocos renglones fundamentales, me decidí a subrayarlos cuando los reiteré. A él “*le cuesta creerlo*”. Menos le hubiera costado transcribirlos y no cortar el pasaje en donde le convenía, tratando de hacerme caer, dolosamente, en una visible exageración. Porque lo omitido era el matiz que la atenuaba y ponía en su punto.

En segundo término, sostenía que si el tercerismo entre los EEUU y la URSS se había formalizado poco después del fin de la guerra (entre 1945 y 1950) nada comienza de la nada y que, como la pugna ideológica entre las dos superpotencias no fue la primera que se dio en el mundo, otros tercerismos ante otras pugnas, otras negaciones a la bipolarización, representaban un antecedente que no es posible soslayar con un soberbio manotazo de desdén.

Ante estos dos puntos, el Dr. Ardao ni siquiera esboza un principio de réplica. Lo único que hace, por el contrario, es reiterar, en forma crecientemente machacona e imperativa, su propia versión de los hechos e indignarse correlativamente de que yo no la acate con docilidad y la debida reverencia. Todo envuelto, digámoslo para terminar, en una salsa bastante indigesta de orgullo desmedido, malas maneras y autocomplacencia. De orgullo desmedido hablo, porque sólo con una buena dosis de él un hombre puede mostrar la infalible seguridad en sus propias opiniones que el Dr. Ardao muestra, sólo con una buena dosis de él suponer que ni el último estudiante de la Facultad de Derecho osará discutirlos. De malas maneras hablo porque sólo así se explican los términos que me aplica: osadía (adjetivo: osado), irresponsabilidad (también Solari lo comparte; adjetivo: irresponsable); contumacia (adjetivo: contumaz). La ristra de términos apunta concordantemente a una relación cómitre-galeoto (dejemos de lado a Hegel y a su dialéctica del amo y el esclavo). Curioso estilo polémico el de esta “*alma tutorial*”, como la llamaría su admirado Vaz Ferreira. De autocomplacencia he hablado, por fin. Pues quien repase las notas de mi replicante y sobre todo las últimas verá que ellas están compuestas en buena parte por viejas citas del Dr. Arturo Ardao. El tercerismo de que habla él se lo cocinó y ahora se lo come. El pecado de Solari y el mío, a su vera, fue el de no habernos dado cuenta de identificación tan trascendental.

(1) Palabra ilegible debido a la mala calidad de la impresión del diario.